

samientos difíciles, del cual hemos pretendido trazar una semblanza lo más fiel posible.

Estimamos que por cuanto brotó del numen de Arsenio Gállego Hernández, numen fecundo, como queda harto demostrado, bien merece el recuerdo y dar a la luz sus trabajos producto de la lira que pulsó con tanto tesón e ingenio a tal punto que le hacen acreedor a figurar en la nómina de poetas españoles de este siglo.

Valeriano GUTIERREZ MACIAS



El organizador

por Arsenio MUÑOZ DE LA PEÑA

(Cuento)



LA Academia Germinal surgió en Coraleja el año de no sé cuántos por uno de esos hechos insólitos que de vez en cuando corren en un pueblo, lugar o villa.

Un buen día llegó a Coraleja un señor elegantemente vestido, de erguido talle, finos ademanes, flamante sombrero, enfundados zapatos y recortado bigote. Se personó en la Alcaldía — presidida entonces por el señor Zacarías, el talabartero — y presentó sus documentos de Licenciado en Filosofía y Letras, extendidos a su nombre, que era el de don Romualdo Manglano de la Rubia.

Dijo que era una pena que aquel importante pueblo no contase con una buena Academia de Segunda Enseñanza, que él tenía muy buenas relaciones con el actual Ministro de Instrucción Pública y que estaba dispuesto a organizarla, siempre que le ayudasen los indígenas.

El señor Zacarías convocó a una reunión de fuerzas vivas y a ellas acudió lo más granado de la localidad.

El discurso de don Romualdo fue claro y conciso: —«En mi intensa campaña cultural por toda España he llegado a esta hermosa ciudad con el decidido propósito de procurarle a ustedes y a sus hijos una Academia modelo de Segunda Enseñanza. Necesito para realizarlo unos buenos locales y veinte mil duros.

— ¿Pero de dónde vamos a sacar esa cantidad? — se alarmó el señor Zacarías.

—De un repartimiento equitativo entre los padres que tengan hijos estudiantes de Segunda Enseñanza, señores. Es lo acostumbrado en estos casos. El asunto interesa no solamente a Coraleja, sino también a la comarca entera. Hay que convocar a otra reunión de fuerzas vivas de la región y juntar ese dinero para los primeros gastos, aunque no podemos quedar satisfechos con la Academia solamente, pues más adelante hemos de organizar también un Campo de Experimentación Agrícola, un Laboratorio de Física y Química y un Museo de Historia Natural. Por ahora nos contentaremos con la Academia Germinal. Eso sí, el edificio-madre es indispensable que me lo proporcionen ustedes.

Y sin dar tiempo a la contestación interrogó:

—¿Qué casas buenas, amplias y presentables existen en el lugar, aptas para el caso que nos ocupa?

—Hombre, —le respondió don Román, el médico— está las de los Villarreal que viven en Madrid, pero la tienen totalmente llena de muebles.

—No me sirve. Otra.

—La de los Periañez, pero está medio arruinada.

—Tampoco me sirve. Otra.

—No sé...

Hubo un molesto silencio, roto por don Romualdo, al fin:

—Vamos a ver, ¿de quién es esa casa grande que hay en la Plaza Mayor junto al Juzgado?

—De un servidor... —se oyó una vocecilla tímida, perteneciente a don Camilo Gay— terrateniente y Licenciado en Letras, solterón impenitente y viajero infatigable.

—¿Y cuántas habitaciones tiene? —interrogó, inquisitivo, don Romualdo.

—Pues doce.

—Bien, magnífico. Reune condiciones aceptables para nuestros fines. Nos quedamos con ella y muchas gracias en nombre de los presentes.

—Pero... ¿Dónde voy a vivir yo? —se atrevió a insinuar don Camilo.

—Usted, por el hecho de pasar a formar parte del Claustro de Profesores de la Academia Germinal y su condición de soltero, está más obligado que nadie a sacrificarse por esa hermosa obra que hoy comenzamos, estrechándose todo lo posible y proporcionando así locales adecuados a la alta misión cultural que a la Academia corresponde desarrollar en la vida espiritual de la región por derecho

propio. Propongo señores, que se dé el nombre de nuestro amigo a una calle de las más importantes de la ciudad y que se le nombre hijo predilecto. Creo también de justicia que a don Camilo se le dejen dos habitaciones de su casa para él y su criada y las restantes se habiliten para aulas en las cuales laborar por el mayor auge de la cultura de la juventud.

Todas las propuestas de don Romualdo fueron aprobadas por aclamación y al domingo siguiente fueron reunidas de nuevo las fuerzas vivas de la región.

El asunto interesaba verdaderamente a todos los padres de familia con hijos en época de estudios de Bachillerato. Se discutió un poco, pero al fin se prorrataron las cien mil pesetas necesarias entre los asistentes y se firmó un acta con todas las de la ley.

Don Camilo, con ayuda de la vieja sirvienta y de su sobrino, acumuló la mayor parte de los muebles en el desván y se estrechó en las habitaciones que le había asignado don Romualdo.

—¿Y habéis hablado ya de renta? —le preguntó su sobrino.

—No, hijo, como es para una obra cultural y van a dar mi nombre a una calle, no me atrevo a decir nada. Además ya sabes que paso a formar parte del profesorado.

—Está bien, como usted diga. Yo no quiero intervenir en nada.

Don Romualdo probó ser un hombre de una actividad asombrosa. En pocos días fue varias veces a la capital más próxima y trajo mesas y pupitres, encerados, y armarios. En seguida organizó el cuadro de profesores.

—De las asignaturas de Rudimentos de Derecho, Lógica, Psicología y Ética, me encargo yo— dijo desde el primer momento.

—¿Y con tantas va a poder usted solo? —aventuro, don Hipólito, el boticario.

—Sí, sí, —se esponjó— las tengo muy trilladas y para mí serán una fuente de nuevos procedimientos, formas y métodos didácticos.

Para Física, Química y Ciencias Naturales, escogió a don Hipólito. Este era un hombre muy apocado, orondo y mofletudo, tranquilo y tumbón y se excusó:

—Pero si a mí se me ha olvidado todo lo que estudié...

—No importa, don Hipólito, la cultura es precisamente eso, lo que queda tras haber olvidado lo que se sabía.

Don Hipólito por no tener que seguir discutiendo, transigió.

Lengua y Literatura de España explicaría el telegrafista don Bruno Cordido, el fúnebre y triste don Bruno, que siempre repetía en todas las reuniones:

«¡Qué solos y tristes
se quedan los muertos!»

En Matemáticas se eligió al hombre más pinturero y pequeñín de la localidad, don León Lobo, alias «Pulgarcito», contable de la fábrica de muebles «La Cepilladora Universal». El expuso sus inquietudes:

—Es que a mí no me van a respetar los chicos, como tengo esta estatura...

—No se apure por eso. Se harán unas altas tarimas especiales para sus clases—, solucionó don Romualdo.

Todos reconocieron los indudables méritos de don Camilo para explicar Geografía e Historia. Tenía en su haber de viajero infatigable una estancia de tres días en Lisboa y una jornada en la isla de Madera.

Algunos amigos habían querido quitarle méritos a su viaje a Lisboa y le decían:

—En tres días no te pudiste enterar de nada,

El se defendía con un contundente argumento:

—Era verano y yo madrugaba mucho.

Otros pretendían empañar su viaje a la isla de Madera con estas insidiosas palabras:

—Dicen que fuiste en un barco de cadastrados, con billete de descarga y baldeo.

—¡Calumnia, vil calumnia! —clamaba don Camilo—. Lo que pasa es que me tenéis envidia negra y feroz. Yo pagué cerca de quinientas pesetas, como Dios existe.

Y era verdad.

Para Dibujo y Educación Física todos estuvieron de acuerdo en designar a don Luis Coloma, dueño del Cinematógrafo, que pintaba unos letreros de propaganda estupendos y hacía gimnasia todos los días del año.

Don Luis estudió la posibilidad de compaginar el cargo con sus otras actividades y tras algunas «acomplaciones» como él muy cortésmente explicó, logró hacer tiempo para su nueva misión en la ciudad.

La lengua de Molière fue transmitida a los alumnos por un jubilado teniente de carabineros que había guarnecido la frontera francesa y que había oído hablar mucho a sus compañeros de allende los Pirineos.

—Es que yo no sé explicar bien las cuestiones gramaticales—adujo.

—No importa — soslayó don Romualdo—. Basta con que ponga usted a los alumnos cuatro o cinco páginas diarias de tarea y luego se las haga aprender de memoria. Es el gran método para aprender idiomas. Ya lo dijo La Gruyère, el gran pedagogo belga: «La memoria es el único instrumento idóneo para dominar un idioma, lengua o dialecto».

Rufinito Agero, blancuzco y gafudo oficial primero del Ayuntamiento, que tenía un tío canónigo en Valencia, aceptó complacido la cátedra de Latín...

—¿Pero y cómo te atreves?— le preguntó su íntimo amigo Mateo Rodríguez.

—*Alea jacta est*— fue su sabia y cesárea respuesta.

Don Camilo se veía y se deseaba para poder dormlr. La habitación que le habían dejado era excesivamente pequeña y salía un poco la cama al pasillo y se le quedaban los pies fríos.

—No hay cosa más sana como esa— le contestó el organizador de la Academia Germinal, cuando el dueño de la casa le presentó sus quejas.

—¿Quién dice eso?— preguntó don Camilo.

Don Romualdo cerró los ojos y contestó con ronca voz:

—La ciencia médica

En el primer claustro que se celebró aclaró don Romualdo un capítulo tan importante como el de pago de honorarios a los señores que integraban el profesorado.

—De la cuestión de honorarios no quiero casi ni hablar, pues sé que no es cosa de buen gusto entre personas de tan fina delicadeza espiritual como ustedes, pero en la obligación de hacerlo por mi calidad de organizador y director de la Academia Germinal les notificaré que se hará una Caja única y al final del curso se repartirá proporcionalmente al número de alumnos aprobados que cada profesor consiga obtener en los exámenes en el Instituto de la Capital.

Todos estuvieron conformes.

Cuando ya estaba todo dispuesto, don Romualdo convocó en el Ayuntamiento otra reunión:

—Yo quería ya anunciarles la inauguración de la Academia Germinal, pero hay una serie de dificultades tremendas. La mayor y más insoslayable de todas es que mientras no instalemos un Laboratorio de Física y Química, el Ministerio no firmará el imprescindible permiso de apertura. Piensen ustedes en la responsabilidad que tienen contraída con el porvenir cultural de la región y convegan conmi-

go que esto no puede quedar sin solucionar y lo va a ser ahora mismo. Hace falta para ello, imprescindible, una habitación más.

Hubo rumores y miradas para don Camilo.

—Hay que sacrificarse— sintetizó el señor Zacarías el talabartero, dirigiendo una fija mirada para don Camilo.

Y seguidamente propuso don Romualdo.

—¿Están ustedes conformes en que el asunto se someta a votación?

—Conformes— contestaron unánimemente, exceptuando don Camilo, que preguntó:

—¿Pero qué es lo que se va a someter a votación? ¿Es que quieren ustedes que me vaya a dormir bajo el puente?

—No, no, mi querido don Camilo— replicó condescendiente y afable don Romualdo, no podemos querer tal cosa para un compañero de claustro. Todavía cuenta usted con el seno de esta corporación con sinceros y generosos amigos. Únicamente deseamos que sea usted amplio de comprensión y se estreche un poco y deje la habitación donde duerme para laboratorio.

—¿Pero y donde voy a dormir yo?

—¿No duerme usted ya con los pies en el pasillo?

—Sí, claro, fuerza me es.

—¿Pues qué más le da dormir con todo el cuerpo fuera que con los pies solamente?. Menos, muchísimo menos, notará usted así su cuerpo y la diferencia de temperaturas.

—Es cosa cierta y probada científicamente— sentenció el galeno.

—Entonces, ¿se aprueba?— interrogó el señor Zacarías.

—Se aprueba— contestó la mayoría.

Y don Camilo tuvo que comprobar aquella noche como la sentencia científica de don Román, en su propio cuerpo.

—Con tal que nos respeten siquiera esa habitación que disfrutamos...— decía temeroso, a su sirviente, el buen terrateniente.

—Sí, lo que es a mí me van a echar de ella...— aseguraba Damiana.

—Como se empeñen... Bien se conoce que tú no sabes lo que son las fuerzas vivas de una población.

La apertura de la Academia Germinal estaba anunciada para el día ocho de Octubre, pero el día seis don Romualdo corrió apresurado a entrevistarse con el alcalde y le espetó alarmadísimo:

—No podemos inaugurar el curso, ¡imposible de todo punto!

—¿Por...?

—Porque no acaba de llegar el permiso del Ministerio.

—¿Y qué hacemos?.

—Vamos a tener que convocar a otra reunión.

—¿Otra? No podíamos solucionarlo nosotros solos?

—Sí, pero es que va a ser cuestión de bastante...

—¿De bastante qué...?

—De bastante dinero.

—Cómo cuánto?

—Unas cinco mil pesetas.

—¿Para qué?

—Para eso, para el permiso de apertura. Y menos mal que soy amigo personal del Ministro.

—Bueno, está bien. Esas cinco mil pesetas se las doy yo de los fondos del Municipio.

—Que quede bien claro mi desinterés en este asunto, pues en ello no me lucro en nada y desgasto mi influencia en beneficio de la localidad. Eso sí, para mí tranquilidad, pongo como condición el que esté usted presente durante mi conversación telefónica con el Ministro.

—Como usted diga.

Pidieron conferencia telefónica con Madrid, desde el mismo Ayuntamiento y traía una demora de dos días. Fue necesario solicitar otra con el Jefe Provincial de Teléfonos. Esta no tuvo más que una demora de cuatro horas. Ante los argumentos que se le expusieron al funcionario provincial de Teléfonos, ordenó que se suspendieran todas las conferencias pendientes y don Romualdo se puso al habla con el mismo Ministro.

—¿Quién es ahí?... Ah... ¿eres tú, Pepito? Bien, hombre, bien. ¿Qué tal ese Atlético el domingo? Bárbaro, ¿no?... Claro, hombre, si no hay más que emplear la táctica del cerrojo. ¿Los niños bien? ¿Y Margarita? Ponme a sus pies. Mira, es que como ahora estás de Ministro y yo he organizado aquí la Academia Germinal y deseamos inaugurarla el día ocho... Sí, de este mes, pues quería que me enviases el permiso por correo urgente o mejor por telegrama oficial. ¿Que hay dificultades? No importa. ¿Cinco mil? Está bien. Se te enviarán inmediatamente... —¿Que no hace falta que nos envíes documento alguno? Ah, bueno, lo que tú digas. Por nosotros... mucho mejor. Y muy agradecidos, Pepe y besos a los niños. Un abrazote, adios, adios, querido... Conservarse.

Don Romualdo terminó ronco la conversación, tanto era lo que había forzado su voz por teléfono. Se volvió satisfecho hacia el señor Zacarías para decirle:

—¿Ve usted como todo tiene arreglo en este mundo?. No hay más que tener amigos. Este Pepito es un gran amigo.

A bombo y platillo fue anunciada la apertura de la Academia Germinal.

Habían sido invitadas las fuerzas vivas y aspirantes de la comarca.

Don Romualdo se presentó vestido con toga y muceta.

El local parecía un ascua de luces, como escribió el cronista del diario provincial.

Don Romualdo pronunció su discurso del que entresacamos los siguientes párrafos:

—Una intuición que ya tengo por milagrosa, me hizo entrever que en este querido y bello lugar— segunda patria ya para mí— no existía fundación académica apropiada a su rango y, abandonando otras múltiples y productivas actividades a que estaba entregado, me dirigí hacia aquí, en la seguridad de que la comprensión, la indulgencia y el afán cultural de las autoridades locales, me proporcionarían facilidades para instaurar la Academia Germinal, institución modelo en su género que ha de ser el vivero del que salgan los más frondosos árboles de ciencia y de conciencia, de acción y de formación, de nombre y renombre de Coraleja.

No me engañó el corazón. Hallé aquí las colaboraciones necesarias, cálidas y generosas, en cuantas puertas llamé; y hoy, enlazando en aquel clásico doctor de Salamanca, Fray Luis de León, encendemos la antorcha del saber y repetimos con él: «Decíamos ayer...».

Una atronadora salva de aplausos impidió este párrafo a don Romualdo. Siguió con otros parecidos, intervino también don Camilo y cerró la sesión el señor Zacarías con patrióticos vivas.

Luego la banda de música, dirigida por el maestro Vela, interpretó un escogido programa de su selecto repertorio.

El curso comenzó con toda normalidad.

A don Rufinito le gastaron varios alumnos la broma de entrar a palos, en su clase, un hermoso burro. Cuando el jumento asomó su cabeza en el interior del aula, el gafudo profesor no se inmutó y dijo simplemente: «Que pase, así hay un alumno más».

Don Bruno Cordido tuvo que dejar de decir su querido sonsoneo de «¡Qué solos qué tristes se quedan los muertos!» porque los alumnos prorrumpían en una llantina general y atronadora, imposible de acallar con buenas razones.

Los de segundo curso tomaron antipatía al bueno de Camilo y

todos los días le ponían un par de gomas en el fondo del brasero y por la clase se esparcía un olor insoportable.

Don Camilo se quejó al director.

—Yo no puedo aguantar en la clase.

—Hay que resistir, mi buen amigo. Resistir es vencer.

—Es que un día me voy a caer mareado.

—No por Dios, que sería peor el remedio que la enfermedad, pues los alumnos se darían cuenta de su debilidad. ¿No vé usted como ellos resisten?».

—Es cierto. Parecen de acero fundido.

—Queda raza numantina todavía sobre el duro solar ibérico— se enorgullecía don Romualdo.

Don Camilo siguió aguantando como pudo.

Ya se tuvo que quejar a don Romualdo la sirvienta de don Camilo:

—Es que dejan la casa inhabitable para todo el día.

—Hay que vigilar— propuso astutamente don Romualdo.

Y don Romualdo vigilaba y vigilaba día y noche.

—Esa es mi sagrada misión—, repetía.

Se registró a todos los alumnos a la entrada de la clase pero no se les encontró nada sospechoso. Eso sí, el humo inaguantable seguía lanzando desde el fondo del brasero sus asfixiantes olores por todo el local. Ya por fin don Romualdo pilló al autor de la fechoría saltando por la ventana de la clase para colocar la goma entre las brasas. Era Rupertín Lencero, el hijo del alcalde.

—Cosas de chicos— diluyó don Romualdo.

Y no se volvió a hablar más del asunto.

El día 27 de Abril, don Romualdo prorrumpió en desaforados gritos por el pasillo:

—¡Ladrones, han robado la caja única! ¡A mí, compañeros!

Salieron de las clases todos los alumnos y profesores y vieron que, efectivamente, la única caja de madera con candado, que había en el despacho del director, estaba destrozada por todas partes.

Intervino la policía, pero no se pudo averiguar nada.

Todo, todo el producto de nuestros sudores ha quedado disipado, señores —se lamentó don Romualdo ante los profesores— y continuó:

—Sigamos la lucha con redoblado afán. Estaba escrito.

—¿Dónde? —se atrevió a preguntar don Camilo.

—Es una frase hecha—le aclaró, por lo bajo, don Bruno.

Y siguieron todos trabajando estóicamente mes tras mes.

Se acercaba la época de exámenes en la capital de la provincia. Ocho días antes, don Romualdo se presentó con grandes aspavientos ante el alcalde para comunicarle:

—Tengo que marchar inmediatamente a Madrid, don Zacarías.

—¿Qué ocurre?

—Casi nada, que Florito, el hijo de don Servando, ha roto la botella de Leyden.

—Ya. Ya... ¿y tiene usted que ir por otra?

—Claro, don Zacarías. Tengo que partir inmediatamente a Madrid por otra nueva. ¿Cómo quiere usted que nos presentemos sin ella a los exámenes?

—No, si yo no digo nada...

—Déjeme tres mil pesetas, que ya se le pagarán a fin de curso.

—Pero me tiene que firmar un recibo.

—Lo que usted diga, desde luego.

Don Romualdo firmó y rubricó el recibo. El señor Zacarías le entregó las pesetas y el director de la Academia Germinal salió para Madrid en un tren que pasaba por Coraleja una hora después de la entrevista. No hubo noticias de él durante los días siguientes.

El claustro de Profesores, alarmado por lo que le hubiera podido ocurrir a su director, puso una conferencia al Ministerio. Allí no conocían señor de tales señas.

—¿Y las conferencias que tenía con ustedes?— preguntó el señor Zacarías al funcionario, que contestó con mucha sorna:

—Serían con su abuelita...

La indignación de todos los habitantes de Coraleja contra el organizador de la Academia Germinal ascendió a alturas insospechadas. Presentaron los alumnos en el Instituto y la catástrofe fue de las que hacen época.

El único que se alegró de la desaparición de la Academia Germinal, fue don Camilo, porque así volvió a dormir con los pies dentro de su habitación de siempre.



PLASENCIA.—COLEGIO DE LAS MADRES JOSEFINAS DE LA SANTISIMA TRINIDAD

El primero de Mayo de 1969, con extraordinaria concurrencia y brillantez, se inauguró en Plasencia el nuevo Colegio de las Madres Josefinas de la Santísima Trinidad, congregación que tiene aquí su cuna y su casa Madre y lleva largos años trabajando en el campo de la caridad, el apostolado y la enseñanza.

El nuevo colegio, también largos años deseado y meditado es un rotundo acierto que sitúa en este aspecto a Plasencia a niveles europeos, por su magnífico emplazamiento, dignidad con que han sido montadas todas las instalaciones dentro del más depurado y moderno sentido pedagógico.

Su internado tiene 250 habitaciones individuales. Las clases tienen capacidad para más de mil niñas de primera y segunda enseñanza.

Plasencia, la Perla del Jerte, se incorporó así al Año Internacional de la Educación, demostrando que no todo en ella es historia pasada.

En otro lugar de este número insertamos el bello poema que en el acto de la inauguración y bendición del altar de este Colegio pronunció nuestra colaboradora Gregoria Collado.